

— Creo tener madre — repuso amargamente la mujer.

— Tome usted esto — dijo Enriqueta dándole unas monedas. — Poco es, pero siempre la servirá para un día. Procure usted conducirse bien.

— ¿Es usted casada? — preguntó con voz débil la caminante al tomar la limosna.

— No; vivo aquí con mi hermano. No tenemos ahorros y por esto no puedo dar á usted más.

— ¿Me permite usted que la dé un beso?

Viendo que no manifestaba Enriqueta ni menosprecio ni repugnancia, la socorrida no esperó su contestación; se acercó á ella y la dió un beso en la mejilla. En seguida se fué.

Y así se internó en la oscuridad del camino, entre el viento y la lluvia, acelerando el paso hacia la ciudad cuyas luces brillaban entre niebla á la lejos.

CAPÍTULO XXXIV

OTRA MADRE Y OTRA HIJA

En una habitación fea y sucia, una mujer vieja, fea y sucia también, estaba sentada junto á una lumbre escasa oyendo como gemía el viento y caía la lluvia. La lumbre la preocupaba mucho más que estos ruidos. Sin embargo, cuando caían por la chimenea á la ceniza algunas gotas levantaba la cabeza y escuchaba el lamento del aire. Luego inclinaba de nuevo la cabeza, más baja, más baja, más baja como si fuera sumergiéndose en sus pensamientos. En tal estado el clamor de la noche sólo llegaba á ella como el monótono rumor del mar que rompe sus olas en la orilla.

No había otra luz en el cuarto que la producida por la lumbre. De cuando en cuando, despertándose como fiera medio dormida abría sus ojos la brasa y despidiendo llama iluminaba los objetos que más bien preferirían pasarse sin semejante ostentación. Un montón de guñapos, otro montón de huesos, un camastro, dos ó tres sillas rotas, unas paredes ennegrecidas y un techo aun más ennegrecido era todo lo que la llama á ratos alumbraba. La vieja, cuya sombra gigantesca y deforme se dividía por mitad en

la pared y el techo, estaba inclinada sobre los ladrillos mal juntos que formaban el hogar, frito de hornillo; parecía como si estuviese esperando, el lado de un altar misterioso, el resultado de alguna evocación pronunciada. Si el tembloroso movimiento de su boca y mandíbulas no hubiese sido más rápido que la oscilación de la llama en la lumbre, se habría creído que no existía movimiento y que no era aquello si no un efecto de la luz: de tal manera la inmovilidad de la vieja era completa.

Si Florencia hubiera entrado en aquel cuarto y hubiese visto el original de aquella sombra que se dibujaba en la pared y el techo, hubiera conocido en seguida á la buena *mistress Brown*: no podía borrarle aquel recuerdo de su infancia. Pero Florencia no estaba allí para mirar á la vieja que seguía sentada junto á la lumbre y con los ojos fijos en ella.

Arreciaba la lluvia y las goteras formaban ya un chorro. *Mistress Brown* levantó la cabeza para mirar a quello; pero no volvió á bajarla porque en aquel instante oyó que la puerta se abría y entraba una persona.

— ¿Quién es? — preguntó, sin levantarse.

— Alguien que trae noticias — contestó una voz de mujer.

— ¿Noticias? ¿de dónde?

— De lejos.

— ¿De más allá del mar? — exclamó la vieja poniéndose rápidamente en pie.

— De más allá del mar.

Atizó la lumbre, para que diese resplandor, y se acercó la vieja á la persona que había entrado y estaba inmóvil en medio de la habitación: puso su mano en el mantón con que la recién llegada se

cubría, la atrajo hacia la lumbre y la miró escudriñando su semblante. Pero no era, sin duda, quien ella se había imaginado, puesto que la soltó y gimió con gran pena.

— ¿Por qué es eso? — preguntó la recién llegada.

— ¡Oh, oh! — gritó la vieja tornando la cara y con un alarido terrible.

— ¿Por qué es eso? — repitió la recién llegada.

— ¡No es mi hija! — exclamó la vieja levantando los brazos. — ¿Dónde está mi Alicia? ¿Dónde está mi hermosa hija? Me la han matado...

— No; todavía no está muerta su hija, si usted se llama *Marwood*.

— ¿Ha visto usted á mi hija? — exclamó la vieja. — ¿Me ha escrito?

— Dice que usted no sabe leer.

— No sé, es verdad — gimió la vieja retorciéndose las manos.

— ¿No tiene usted luz? — preguntó la recién llegada.

La vieja movió la cabeza y murmurando algunas palabras acerca de su hija fué á un rincón de donde sacó un cabo de vela. Lo encendió, con dificultad, y lo dejó después encima de la mesa. Cuando la mecha calentó la masa de sebo y empezó á dar alguna claridad, vió la vieja que la mujer que había entrado estaba sentada, sin el pañuelo que antes tenía en la cabeza, cruzada de brazos y mirándola.

— ¿Qué noticias me envía, entonces, mi hija? — preguntó la vieja. — ¿Qué dice?

— ¡Mire usted! — contestó la desconocida.

La vieja repitió estas palabras como expresando incertidumbre, fijó su vista en aquella mujer, luego miró en derredor del cuarto y volvió á mirar á su

interlocutora sin comprender por qué la decía que mirase.

— Ha dicho Alicia que mire usted, madre — añadió la desconocida.

La vieja volvió á mirar en derredor, se acercó á la desconocida : rápidamente cogió el cabo de vela, alumbró con él la cara de aquella mujer que la hablaba y se precipitó en sus brazos dando un grito y dejando caer la vela al suelo.

— ¡Es mi hija, es mi Alicia! ¡Vive y ha vuelto! — exclamaba la vieja abrazando aquel cuerpo que contestaba á su efusión friamente. — ¡Es mi hija, es mi Alicia! ¡Vive y ha vuelto! — volvió á decir arrodillándose delante de ella, abrazándose á sus rodillas con toda la fuerza de que era capaz, en su vejez.

— Sí, madre — contestó la hija inclinándose y besando á la anciana, pero tratando de separarse de sus brazos. — Ya estoy aquí; pero suélteme : levántese y siéntese en una silla. ¿Por qué se pone usted así?

— ¡Vuelve tan dura como se fué! — exclamó la madre mirándola y sin soltarse de sus rodillas. — ¡No es cariñosa para su madre, después de tantos años y de tanto como he estado sufriendo por ella!

— Bueno, bueno, madre — dijo Alicia sacudiendo su andrajosa falda para que se soltara la anciana — ya basta : también yo he sufrido y he pasado tantas calamidades como las peores que haya tenido usted. Levántese, levántese.

Se levantó en efecto la vieja, gimiendo y retorciéndose las manos y volvió á contemplar de cerca á su hija. Encendió de nuevo la vela, la volvió á poner encima de la mesa sin cesar en sus lamentaciones, se sentó en una silla al lado de Alicia. Ésta se había

quitado el mantón y con los brazos cruzados, mirando á la lumbre escuchó, sin hacer caso de ellas, las quejas inarticuladas de su madre.

— Pero ¿pensaba usted verme tan joven como cuando me fui? — dijo, al cabo. — ¿Suponia usted que una vida como la mía era buena para mejorar el aspecto? Se diría que es eso, al oírlo.

— No es eso — dijo la madre sollozando — ella lo sabe.

— Pues ¿qué es? — repuso la hija. — Si no deja usted de lamentarse, me voy, más pronto que he venido.

— ¡Qué corazón! — exclamó la madre — ¡después de tantos años como ha estado separada de mí, apenas ha venido y ya piensa en marcharse!

— Por segunda vez digo á usted, madre, que he tenido tan mala vida como lo haya podido tener usted. ¿Vuelvo más dura? Ciertamente, vuelvo más dura : ¿Esperaba usted otra cosa?

— ¡Más dura conmigo! ¡Más dura para con su cariñosa madre! — exclamó la vieja.

— No sé quien comenzó á endurecer mi corazón, si no es mi cariñosa madre — dijo Alicia frunciendo las cejas y apretando los labios como si quisiera impedir, por la fuerza, que se exteriorizara algún sentimiento delicado. — Escuche usted, madre, unas palabras. Si nos entendemos desde ahora no habrá más discordia entre nosotras. Me marché siendo una muchacha, vuelvo siendo mujer experimentada. Cuando me fuí era mala : no vuelvo mejor, se lo aseguro. Pero ¿es que usted ha sido fiel á sus deberes para conmigo?

— ¡Yo! — exclamó la vieja. — ¡Yo, para mi hija! ¡Una madre fiel á sus deberes!

— A sus deberes, en efecto — repuso la hija, mirando con severidad á la vieja. — He tenido tiempo de pensar en esto, durante mis años solitarios. He oído hablar mucho del deber, antes y después, pero siempre del deber mío para con los demás. Y así me he preguntado — por pasatiempo nada más — si no existiría algún deber para conmigo.

Su madre se sentó, moviendo la cabeza y refunfuñando; pero no se podía apreciar si era de disgusto, de sentimiento ó por efecto de dolencia física.

— Era una niña, llamada Alicia Marwood — dijo la joven riéndose y mirándose á sí misma con expresión despreciativa — que había nacido pobre y abandonada y se crió lo mismo. Nadie la reprendió nunca nada, nadie dió paso alguno en su auxilio, nadie la hizo caso.

— ¡Nadie! — exclamó la madre señalándose á sí misma con el dedo y golpeándose en el pecho.

— Nadie la hacía caso — repitió la hija — como no fuese para pegarla, maltratarla, ultrajarla. Vivía en casas como ésta, en las calles, con otras desgraciadas como ella. Y sin embargo, salió de semejante infancia con notable belleza. Mucho peor para ella. Más la hubiera valido verse acosada y escarnecida por fea.

— ¡Sigue, sigue! — exclamó la madre.

— Continúo — repuso la hija. — Era una joven llamada Alicia Marwood. Era hermosa. Quisieron darle alguna enseñanza y la enseñaron todo lo malo. Entonces sí se cuidaron de ella, y la impulsaron y la ayudaron de modo que no se desviara de aquel rumbo. Entonces sí que estaba usted apasionada por ella — tenía usted ventajas. Lo que á esta joven le pasó acontece todos los años á miles de otras. No era más que una joven perdida; para esto había nacido.

— ¡Después de tantos años — exclamó lastimeramente la vieja — empieza mi hija de este modo!

— Pronto acabará — dijo la hija. — Era una criminal llamada Alicia Marwood, una joven desamparada y rechazada de todas partes. Fué sometida á juicio y sentenciada. ¡Oh Dios! qué bien hablaron los magistrados, qué bien expusieron la teoría del deber, cómo explicaron el mal uso que aquella criminal había hecho de los dones de la naturaleza! Verdad es que estos dones habían sido una maldición para ella; pero, ¡qué importaba! ¡Qué buena predicación fué aquella acerca del brazo de la ley, brazo fortísimo, en efecto, para haberla salvado cuando era una criatura inocente. Fué aquello religioso y solemne. He pensado en ello mucho tiempo después; sí, he pensado en ello.

Se cruzó de brazos y rió con un tono de sarcasmo tal que en comparación eran suaves las quejas de la madre.

— Por consiguiente, Alicia Marwood fué condenada á la relegación, á que aprendiera su deber en un sitio donde lo que se aprende es el mal y la infamia. Y Alicia Marwood vuelve hecha una mujer: una mujer como debe serlo, después de todo lo pasado. Con el tiempo habrá más solemnidad y más fieros discursos: será más fuerte el brazo de la ley; pero no hay cuidado de que falte trabajo á estos caballeros: siempre habrá jóvenes desgraciados y jóvenes desgraciadas, que crecerán en el arroyo y que darán lucrativa ocupación á jueces.

La vieja apoyó los codos en la mesa y la cara en las manos, como si sufriera una grande angustia — ó quizás la sufría realmente.

— He concluido ya, madre — dijo Alicia moviendo

la cabeza. — No tengo ya más que decir. No hablemos de deberes, ni una ni otra. Imagino que la infancia de usted habrá sido como la mía. Peor para ambas. Ni la censuro á usted ni me defiendo. ¿Qué adelantaría? Todo esto es viejo. Pero ahora soy una mujer — no una chica — y ni usted ni yo estamos llamadas á relatar nuestras respectivas historias, como lo harían los caballeros de la Audiencia. Nosotras las sabemos ¿no es cierto?

Muy degradada estaba, pero no había perdido toda su belleza; aun se advertían rasgos y expresión de hermosura si se la miraba con cuidado. Cuando quedó en silencio y se calmó algo de las emociones porque acababa de pasar, sus ojos atenuaron su expresión irritada pareciendo que iluminaban su semblante algunos rayos de luz débil, como nimbo del ángel caído.

Su madre después de contemplarla un rato sin pronunciar una palabra se arriesgó á tocar á su hija y como no fué rechazada la acarició y la soltó el pelo trezándolo en seguida. Alicia comprendiendo que en esta ocasión su madre era sincera, dejó hacer. La vieja descalzó á su hija y la puso otras ropas secas, hablándose á sí misma entre dientes gozosa de reconocer en aquella la expresión de otros tiempos.

— Veo que está muy pobre — dijo Alicia mirando lo que había en el cuarto.

— Sí, hija mía, muy pobre — contestó la vieja.

Admiraba á su hija y tenía miedo de ella. Acaso este sentimiento de admiración ya lo había tenido antes, la primera vez que vió surgir algo de hermoso entre medias de aquella mísera existencia. Acaso el temor que experimentaba nacía de las palabras por la hija pronunciadas. De todos modos, estaba sumisa

y deferente delante de ésta, con la cabeza baja y como pidiendo que no la dirigiera más reproches.

— ¿Cómo ha vivido usted?

— Pidiendo limosna, hija mía.

— Y hurtando.

— Algunas veces; pero cosas pequeñas. No me atrevo y soy vieja. He quitado algunas cosas de insignificante valor á niños, en muy contadas ocasiones. He salido algunas veces al campo, Alicia, y sé... lo que sé. He acechado.

— ¿Acechado? — preguntó Alicia mirando fijamente á su madre.

— He seguido la pista á una familia — dijo la madre humildemente.

— ¿Qué familia?

— ¡Silencio, hija! No te vayas á incomodar conmigo: todo esto lo he hecho yo por ti, en beneficio de mi pobre hija que estaba al otro lado de los mares.

Diciendo esto tendió la vieja su mano suplicante hacia su hija. Y prosiguió:

— Hace años que tropecé por casualidad con su hija.

— ¿La hija de quién?

— No suya, Alicia: no de él, no me mires así. ¿Cómo quieres que lo sea? Ya sabes que no tiene.

— Pues ¿de quién? — preguntó nuevamente Alicia. — Ha dicho usted « su hija ».

— ¡Silencio, Alicia! No me asustes. Es la hija de míster Dombey. Después los he visto á menudo. Y también á él.

Al pronunciar esta última palabra la vieja se encogió como si temiera que su hija la pegara. Pero aunque ésta dió señales de ira violentísima, no levantó la mano: no hizo más que apretar más y más los bra-

zos que tenía cruzados en el pecho, pareciendo que se quería sujetar á sí misma.

— Lejos estaba él de suponerlo — dijo la vieja amenazando con el puño.

— Poco le habría importado — murmuró entre dientes la hija.

— Pero nos hemos visto cara á cara — dijo la vieja. — Le he hablado y me ha hablado. Yo estaba sentada y le miraba mientras se iba por la alameda : le he maldecido, á cada paso suyo, en cuerpo y alma.

— A pesar de eso prosperará — dijo desdeñosamente la hija.

— Sí; es verdad que prospera — repuso la vieja.

Se calló. El semblante de Alicia denotaba la más profunda ira. Su respiración era tan agitada que parecía ir á romperle el pecho : los esfuerzos que para dominarse hacía ponían de manifiesto la violencia de aquel carácter. Por fin preguntó :

— ¿Se ha casado?

— No, hija mía.

— ¿Se va á casar?

— Me parece que no. Su principal, su amigo, es el que se ha casado. ¡Oh! bien podemos felicitarnos todos — exclamó la madre levantando los brazos con júbilo. — Este matrimonio nos ha de regocijar mucho : acuérdate.

La hija miró como pidiendo explicaciones.

— Pero estás mojada y fatigada : tendrás sed y gana de comer — dijo la vieja dirigiéndose al armario.

— Poco hay aquí, muy poco (diciendo esto sacó del bolsillo unos cuantos medios peniques). ¿Acaso tienes tú algún dinero, Alicia?

La codiciosa, ansiosa y ávida cara de la vieja al ver cómo sacaba Alicia unas monedas era más expresiva,

en lo tocante á la historia de aquellas madre é hija, que cuanto pudiera decirse con palabras.

— ¿No tienes más? — preguntó la vieja.

— No tengo. Y aun esto se lo debo á la caridad.

— ¿A la caridad, hija mía? — dijo la madre contando el dinero encima de la mesa — veamos : seis y seis doce y seis diez y ocho peniques. Bien. Tratemos de sacar de esto el mejor partido posible. Voy á comprar algo que comer y beber.

Con mayor rapidez de la que se podía suponer dada la apariencia de la vieja — su edad y su aspecto decrepito — ocupó sus manos en ponerse un sombrero de deshecho y un mantón no más lozano que el sombrero. A todo esto no quitaba la vista de los cuartos que estaban encima de la mesa.

— ¿Y por qué nos ha de regocijar mucho ese matrimonio, madre? — preguntó Alicia. — ¿Por qué lo dice usted?

— Nos regocijará — contestó la madre — el ver que no hay amor ninguno y en cambio existen el orgullo y el odio. Nos regocijará el ver la oposición y la discordia entre ellos y además el peligro — el peligro, Alicia.

— ¿Qué peligro?

— Yo sé lo que me digo — contestó la madre. — Que se ande con cuidado porque mi hija podría tener otra rival...

Pero al ver que su hija la miraba con extrañeza y apretaba en la mano el dinero, recogido de encima de la mesa, se apresuró á pedirselo y exclamó :

— Voy á comprar algo... voy por algo.

Antes de entregar el dinero á su madre Alicia, lo besó.

— ¡Ah, ah! tú besas el dinero — observó la vieja

— yo hago lo mismo. No hay mejor cosa que el dinero.

Al decir esto apretó la vieja contra sus labios un mugriento medio penique, único dinero que poseía.

— Sí; es lo mejor que hay — añadió la vieja — pero, por desgracia, no entra á montones.

— Si yo he besado estas monedas, madre — repuso Alicia — no es porque tenga esa costumbre : lo hago por la primera vez y por recuerdo de quien me lo ha dado.

— ¿De quien te lo ha dado? — replicó la vieja cuyos ojos brillaron al apoderarse de los cuartos. — Yo también besaría á la persona que lo ha dado y ojalá diese más. Pero tengo que hacer la compra. En seguida vuelvo.

Alicia la detuvo un instante diciéndola :

— ¿Á qué se refería usted al manifestar que sabe lo que se dice? Mucho ha aprendido usted entonces desde que nos hemos separado.

— Sé más de lo que tú te imaginas — repuso la vieja volviéndose desde la puerta — y más de lo que él piensa. Ya te lo contaré luego. Sé todo lo que le concierne.

La hija manifestó incredulidad sonriéndose.

— Conozco á su hermano — dijo la vieja alargando el cuello y mirando con malicia que daba miedo — un hermano que bien podía haber ido á donde tu estabas — por ladrón — y que vive ahora con su hermana, allá, por la carretera del Norte, fuera de Londres.

— ¿En dónde?

— Por la carretera del Norte, fuera de Londres. Ya te enseñaré la casa, si quieres. No vale nada, aunque parezca linda. ¡No, no! — exclamó la vieja,

viendo que su hija se levantaba — No, ahora no, hija : está muy lejos, en la raya de Londres; en frente hay un montón de piedras. Mañana iremos si estás ya descansada y hace bueno. Pero me voy corriendo...

— ¡Párese! — exclamó la hija precipitándose á cerrarla el paso, iracunda. — ¿Su hermana es una joven guapa, morena..?

La vieja enteramente aterrada y sin comprender á dónde iba á parar su hija, contestó afirmativamente con la cabeza.

— Sí; hay algo de él en aquella cara — añadió Alicia. — ¿No es una casa colorada, con un cobertizo pequeño, verde?

Otra vez hizo la vieja señal afirmativa.

— ¡Pues es donde he estado! deme usted el dinero.

— Pero, Alicia...

— ¡Deme usted el dinero... ó se lo arranco!

Agarró la mano de la vieja y sin hacer caso de gritos ni de súplicas se apoderó del dinero, se vistió con la ropa que había traído y salió á la calle á buen paso.

La madre echó detrás, rogándola que se detuviera, que no hiciera aquella locura; pero Alicia no se preocupaba de su madre; tanto la importaba ésta como el viento, la oscuridad, la lluvia. Ni la fatiga la detuvo ni consideración alguna era capaz de desviarla de su propósito. Cruzó las calles, desanduvo el camino que había seguido antes, y al fin, á la una de la noche la hija y la madre cogida á su mantón, por miedo á verse abandonada, llegaron al camino del Norte. Detrás quedaba la ciudad como una mancha negra; la soledad era imponente.

— Este es sitio á propósito para mi — dijo la hija deteniéndose y mirando atrás. — Ya lo pensé, al pasar por aquí antes.

— Alicia, hija mía — dijo la madre tirando suavemente de la falda de su hija — Alicia...

— ¿Qué hay, madre?

— No devuelvas los cuartos, querida: por favor; no debemos hacerlo. Tenemos que comer con eso. Dinero es dinero, venga de donde venga. Di todo lo que quieras, pero guarda el dinero.

— Vea usted — dijo Alicia á su madre, por toda contestación, señalando la casa — ¿Es ésa?

La vieja contestó afirmativamente. Unos cuantos pasos y se hallaron á la puerta de la casa.

Llamó Alicia y vino á abrir John Carker. En el cuarto donde había secado Alicia su ropa había luz y seguía encendida la chimenea. Carker, sorprendido de que llamaran á semejante hora preguntó á Alicia qué quería.

— Necesito hablar con su hermana: la que me ha dado dinero esta tarde.

Al oír la voz de Alicia salió hasta la puerta Enriqueta.

— ¡Ah! Está usted ahí... ¿Se acuerda usted de mí? — dijo Alicia.

— Sí — contestó Enriqueta sin explicarse el por qué de aquella pregunta.

El semblante que antes había estado humilde ante ella se le ofreció á la vista con horrible expresión de ira y de reto. La mano que antes había tocado cariñosamente al brazo de Enriqueta, ahora parecía amenazar para estrangularla. Entonces se acercó Enriqueta á su hermano buscando en él protección y defensa.

— ¡Que la haya hablado á usted esta tarde y no la

haya conocido! ¡Que haya estado tan cerca de usted y no haya notado qué sangre era la que corría por sus venas!

— ¿Qué dice usted? ¿Qué la he hecho?

— ¡Hecho! — repuso Alicia. — Me ha hecho usted sentarme á su hogar; me ha dado usted de comer, me ha dado usted dinero, ha tenido usted compasión de mí... usted cuyo nombre aborrezco!

La vieja tendió su descarnada mano con amenaza que su fealdad hacía terrible y como para confirmar lo que su hija decía. Sin embargo, tiraba de la falda á ésta exhortándola á que no devolviera el dinero.

— Si he derramado una lágrima en su mano, ¡ojalá se la seque! Si ha oído usted alguna palabra mía cariñosa ¡ojalá se quede usted sorda! Si la he tocado con mis labios ¡ojalá la sirva de veneno! ¡Maldita sea esta casa! ¡Qué la ignominia y el oprobio caigan sobre la cabeza de usted y que se aniquile y destruya cuanto le pertenece!

Y diciendo estas palabras arrojó las monedas al suelo, cayendo unas dentro de la habitación y otras por la tierra en la puerta.

— Lo tiro al suelo y no lo volvería á coger aunque el hacerlo hubiera de conducirme al cielo. ¡Por qué no se me habrá podrido el pie y caído antes que traerme á esta casa!

Enriqueta, pálida y temblando, contuvo á su hermano y dejó que continuase Alicia.

— ¡De manera que el primer día de mi vuelta he tenido que ser objeto de la piedad de usted! ¡Ha hecho usted de buena señora para conmigo! Pues la daré á usted gracias el día que me muera. Rezaré por usted y por su gente ¡puede usted estar muy segura!...

Con su ademán feroz parecía que sembraba de odio la tierra y que evocaba la destrucción de cuanto tenía ante su vista. Luego miró á lo alto, á la oscuridad del cielo encapotado y se alejó de la casa entre las tinieblas de la noche.

La madre que había tirado de la falda de Alicia, una y otra vez sin resultado, no había quitado los ojos de los cuartos caídos en el suelo de la habitación : todas sus facultades parecía que estaban concentradas en aquella mirada. Luego quiso dedicarse á buscar las monedas que habían rodado fuera de la casa ; pero su hija la arrastró consigo y así regresaron ambas á su casucha. La vieja no hizo más que llorar en todo el camino y lamentarse del proceder de su hija que la había privado de su comida desde el primer momento. Tuvo que contentarse con unas cortezas de pan duro que royó acurrucada junto á la lumbre mientras su descastada hija dormía.

¿No eran aquella miserable madre y aquella miserable hija, la reproducción en pequeño de los vicios sociales que prevalecen en esferas más altas? ¿Será cierto que compuesta la tierra de círculos concéntricos los extremos se tocan y que siempre venimos á encontrarnos al fin del viaje, en el mismo punto de partida? Si se exceptúa la gran diferencia de las telas y hechuras, ¿no será éste el modelo de no pocas personas de alcurnia?

¡Digalo, Edith Dombey! Y Cleopatra, la mejor de las madres, apórtenos su valioso testimonio.

CAPÍTULO XXXV

LA FELIZ PAREJA

La mancha negra de la calle ha desaparecido. La casa mansión de mister Dombey si en algo se distingue de las demás vecinas es por la esplendidez y por su brillo. Dice un proverbio que no hay casa pequeña para quien la tiene : en el caso de mister Dombey podía decirse que no había casa harto grande, palacio harto suntuoso para templo de sus dioses lares.

Esta noche sale resplandeciente luz por todas las ventanas ; el color rojo de las brasas se refleja de la chimenea en las alfombras y tapices. La mesa está primorosamente adornada y, sin embargo, no van á comer más que cuatro personas, en familia. El aparador se halla cargado de vajilla. Es la primera vez que se sirve en el comedor, desde que se hicieron las obras y la transformación de la casa : está para llegar la feliz pareja.

Todo la servidumbre de la casa tiene grande curiosidad de ver á los recién casados. Mistress Perch toma el te, en la cocina : ha dado ya una vuelta por las habitaciones, ha calculado el valor de los damascos y las sedas á tanto la yarda y ha agotado las admiraciones del diccionario para expresar la sensación que